

dulce Francia hacia el panegirismo de Mitterrand; si bien el tema iberoamericano ya no huirá jamás de él. Hace cuatro años publicó su primera novela, "El indeseable", y públicamente hizo constar que la de narrador era una vocación que siempre le había tentado las ganas.

"La nieve quema" pretende ser la historia de una muchacha europea (austríaca, para mayor inri) que está integrada en un grupo guerrillero; los avatares la llevarán de la base logística de Cuba a Bolivia, pasando por el Chile de Allende; Debray no nos ahorra apariciones ni de Fidel ni, sobre todo, de Allende, "que intentaba lo mismo por otros medios", según frase tal vez apócrifa, tal vez no, atribuida en la novela a Guevara. El amor arrebatador por el líder del grupo, el éxtasis cósmico Amor-Revolución, parece quebrarse con el violento exterminio de la intentona por parte de los "milicos", pero la segunda parte del libro recogerá la venganza de la gue-

rrillera contra el máximo cabecilla de la represión, esta vez con telón de fondo hamburgués. El testigo-narrador será siempre el intelectual (también europeo) del grupo, fascinado a distancia por la muchacha, cómplice suyo por amor del deseo y de la convicción.

Debray pretende combinar un cierto distanciamiento "maduro" con un lirismo fogoso y férvido sobre la Revolución como destino y tarea. En general, la obra logra leerse con rapidez, porque el autor suele conseguir introducir de cuando en cuando escenas narradas con viveza, un poco a lo novela de aventuras o de espías. Pero se ve que lo que más le interesa a Debray es filosofar sobre el asunto, y ahí, lamentablemente, es francísimo, lo salpica todo de "frases felices", epigramas "lúcidos", cinismos afectados, introspecciones nunca ágiles y siempre sobrecargadas. Debray no es un novelista mediocre, pero desde luego no parece que vaya a pasar a la Historia como narrador.



Régis Debray.

Sin embargo, "La nieve quema", si le quitamos su metafísica "rive gauche", posee un encanto considerable: constituye un buen material para entender los recovecos de un cierto tipo de intelectual europeo desengañado de la izquierda clásica y volcado generosamente a la redención del Tercer Mundo. Aquella concepción del mundo, hoy envejecida en tantos aspectos, tuvo su importancia a finales de la pasada década, y sobrevive en no pocos de nuestros actos de hoy. Debray, sin explotar a fondo el análisis de lo que va de ayer a hoy y de por qué va, sugiere más de una cosa en ese sentido; pero opta al fin por la moraleja voluntarista de la acción como autorredención, por el canto al héroe que, al inmolar, mantiene viva la fe en un mundo distinto. "La nieve quema" resulta así una curiosa mezcla de elementos indirectamente rosas y de apasionado debate sobre la identidad de quien necesita cotidianamente trabajar por aquello que se llamó, en los entonces, el Cambio. ■ MIGUEL BAYON.



Blas Matamor, Héctor Tizón, Horacio Salas y Mario Merlino.

Historia informal de España

El viernes 9, la Editorial Altalena presentó al público y a la crítica su colección "La Historia informal de España". El acto tuvo lugar en la librería El Pub, y estuvo a cargo del director de la serie, Blas Matamor, y de sus colaboradores, Héctor Tizón, Horacio Salas y Mario Merlino.

"La Historia informal" lleva publicados ya cinco de los dieciocho títulos que componen su plan general. Los tomos no guardan un orden cronológico y pueden ser leídos de forma independiente. El objetivo de estos libros es narrar la vida de los españoles anónimos de las distintas épocas históricas, centrandolo el relato en la vida cotidiana y la pequeña historia de los sucesos convencionalmente llamados "históricos". Se estudian, así, las casas, las formas de vestir, las comidas, las enfermedades, los ritos fúnebres, los juegos, las diversiones, las costumbres sexuales, las supersticiones, etc., de cada época y de cada sector social.

La colección aspira a dar un retrato vivo de cada tiempo y a detectar en los detalles aparentemente más triviales la huella de la ideología. ■

COMIX

El marinero de Malta

Era necesaria la edición de "La balada del mar salado", que Editorial Nueva Frontera nos ofrece ahora en un volumen especial de 170 páginas. Era necesaria para conocer el principio de la saga de uno de los más notables personajes del "comix" contemporáneo europeo: el paradójico Corto Maltés. Cuyo talante "progresista" y justiciero, por cierto, no está todavía perfilado

en "La balada del mar salado": entre las intrigas del Capital Rasputín y la revelación del pasado del Monje, Corto Maltés queda relegado a figura secundaria en una farragosa historietaria re-cargada de tramas menores y protagonistas heterogéneos. Pero es allí, en el Sur del Pacífico, donde aparece el patillado marino de Malta que terminará sus andanzas en la batalla del Ebro como voluntario de las Brigadas Internacionales.

Vergonzoso pero cierto: las aventuras de Corto Maltés estaban casi totalmente inéditas en este país hasta que, a finales de 1977, la misma editorial comenzó a publicarlas mensualmente en las páginas de "Totem". Su autor, el italiano Hugo Pratt, al crear a "Corto Maltés" intentó dar respuesta a una serie de dilemas estéticos e ideológicos que se planteaban a dibujantes y guionistas políticamente conscientes: una historietaria antiimperialista que se desarrolla habitualmente en los escenarios clásicos de las novelas de aventuras, y protagonizada por un culto vagabundo de los mares lo suficientemente amoral para no rechazar cualquier asunto provechoso y lo bastante concienciado para ponerse al lado de los oprimidos y los débiles.

Muy influido por los héroes de los relatos de Joseph Conrad, Hugo Pratt traza un Corto Maltés enigmático e irreal, pero que cobra vida al insertarle hábilmente en la historia del primer tercio del siglo XX. Corto Maltés tiende a la ubicuidad, pero normalmente Pratt atiende a la exactitud histórica del guión y la ambientación con el mismo cuidado que intercala referencias culturalistas: los personajes de "Corto Maltés" leen a Melville, Coleridge o Tomás Moro, hablan de Rilke, D. H. Lawrence o Carlo Gozzi y, a veces, hasta son contrafiguras —por ejemplo, el escritor norteamericano "Hernestway", que conduce una ambulancia en el frente italiano de la primera guerra mundial— de notables de la época.

Corto Maltés se mueve infatigablemente de Venecia al Amazonas, de la Irlanda en rebelión a las trincheras de la Gran Guerra. Movido por la lealtad hacia antiguas amistades o por el deseo de lucro, sus acciones tienen, sin embargo, unos efectos anticolonialistas. Naturalmente, dentro de unos esquemas maniqueos y

Cultura a la contra

De la frivolidad y su tratamiento

En estos tiempos de seriedad, salpicados de jornadas de reflexión y de momentos históricos y trascendentales, está muy mal visto ser frívolo; parece un entretenimiento de alta comedia cuando estamos sumidos en la desolación del esperpento. Se mira mal a quien es alegre, o a quien sabe llevar su tristeza —así decía Bárbara, u otra cantante francesa— como una flor en el ojal. Se insulta desde todos los puntos de vista a quien bromea sobre lo serio, y más aún a quien se toma en serio lo superficial. Como siempre, ellos, los serios, los profundos, los trascendentales, mandan. Y dentro de poco empezarán a meternos en campos de concentración, reeducación o exterminio a quienes nos neguemos a tomarles tan a pecho como ellos creen merecer. Se perdona todo menos la frivolidad; no se permite un punto de vista disidente, la mirada ingenua de quien da más importancia al color de los calcetines del presidente que a sus palabras; ¡como si las dos cosas no estuviesen directamente relacionadas! Eso sí, la sátira, la crítica humorística, está permitida e incluso bien vista.

Sin embargo, la frivolidad es una forma de visión de la realidad positiva: el frívolo es aquel que ve la realidad desde la distancia, que se fija en la superficie y en la apariencia de las cosas y sabe sacar de este material elementos para un análisis agudo, si no profundo. Su arma es la paradoja —expresión de una verdad olvidada, según el Maestro—, su capacidad genial, la de unir dos realidades aparentemente distantes en el mismo plano. El frívolo comprende la relación que puede tener una puesta de sol con un golpe de Estado inminente, y actúa en consecuencia. Su visión del mundo está —como el mismo mundo— guiada por el azar y por el capricho. Nadie más capacitado, pues, para comprender lo que pasa.

Todos nuestros pensadores actuales —todos los que importan— están marcados por una brillante frivolidad: comentan el mundo desde sus alrededores, se fijan en detallitos nimios y en visiones de conjunto demasiado grandes. Su snobismo cultural —otro valor muy despreciado— les ayuda bastante en la tarea: les permite estar al corriente de la moda y ver lo que nos quieren hacer pasar por trascendental desde el punto de vista de lo efímero, de lo perecedero; anteponen así lo moderno a lo clásico —que, en el fondo, no es más que una moda convertida en canon, un trozo de algo que fue vivo y que ahora ha quedado anquilosado—, lo gracioso a lo sublime, la flexibilidad al rigor y la belleza del mito a su significado. El frívolo es oportuno frente al oportunista.

En estos últimos tiempos —desde que murió el padre de todos— se está llevando a cabo una campaña para devolvernos la seriedad a todos los que no la queremos para nada: se nos impulsa, por ejemplo, a votar, haciéndonos creer que nuestro voto es importante, y que las urnas son los objetos más serios del mundo; que podemos decidir nuestro futuro, cuando el futuro es algo que sigue estando en manos de los serios oficiales, que se lo reparten como quieren. Se desea encasillarnos en partidos y banderías diversos, seguramente para poder clasificar mejor nuestros cadáveres después de pasar por la cámara de gas. Pero no nos dejemos: ya nos llamen pasotas, ya decadentes, inconsecuentes tal vez, así queremos continuar. Aunque sólo sea para permitirnos el lujo de tener opiniones o, por lo menos, intenciones propias. ■ EDUARDO HARO IBARS.

simplistas, no muy diferentes de la anglofobia de la versión televisiva de "Sandokan". Pero Pratt no deja que la ideología la frustre una buena aventura: el mismo Corto Maltés que en "Concierto en do menor para arpa y nitroglicerina" atenta contra las fuerzas de ocupación británicas en Dublín, en "Sueño de una mañana de invierno" impide que los espías del Kaiser acaben con el Alto Estado Mayor aliado. Y en el colmo del paternalismo, al final de "Samba para Tiro Fijo", el providencial Corto Maltés nombra a dedo al nuevo jefe de los rebeldes cangaçalros.

Un personaje tan inconsistente y sospechoso hubiera resultado insostenible en manos de un dibujante menos dinámico que Hugo Pratt. Con rasgos rápidos y funcionales, olvidándose del "raccord" y hasta de detalles de concordancia temporal, arrastrado por la trepidante actuación de los protagonistas, Pratt consigue que Corto Maltés sacie nuestra sed de aventuras casi tan satisfactoriamente como las creaciones de John Huston o Jack London. ■ DIEGO A. MARIQUE.

CINE

"La vieja memoria"

Estamos ante una película excepcional: la mejor reflexión que desde el cine se haya hecho nunca sobre la guerra española.

Reflexión que parte de la búsqueda del documento insólito, de la declaración desconocida, del

testimonio olvidado, del enfrentamiento dialéctico entre las partes que combatieron en aquella guerra, por supuesto no clausurada, por supuesto viva y actual.

Porque una guerra no acaba nunca del todo; se puede tratar de olvidar, de ocultar, de transformar, pero siempre está ahí, de alguna manera presente. O debería estarlo, por lo menos. Por eso Jaime Camino propone desde su película la captura de nuestra vieja memoria, para aprender de ella, para definir mejor el presente, para enfrentarlo con más datos. No se debe olvidar. No tanto por el rencor o la venganza como por la información insustituible que contiene esa memoria de todos.

En tres años de trabajo, Jaime Camino ha ido recogiendo declaraciones de representantes claros de las distintas opciones que combatieron: Montseny, Ibarri, Fernández Cuesta, Jato, Gil Robles, Tarradellas, Santillán, Escofet... y una larga lista que incluye también a combatientes anónimos que mitifican su guerra, pero aportan información básica para entender mejor por qué se perdió o se ganó aquella contienda. Es evidente que, tras la objetividad con que Jaime Camino ha tratado el material obtenido en las entrevistas, permanece el hombre que busca una razón válida hoy para entender la derrota republicana. En ese sentido, el enfrentamiento Ibarri-Montseny resulta clarificador. Pero también la terrorífica y honesta declaración de Viallonga, los reportajes filmados, la vehemencia de Escofet. Cada aspecto de la película lucha con otro distinto en una lección de



"La vieja memoria", de Jaime Camino.